

El amor en los tiempos del Fobaproa

JESÚS GÓMEZ MORÁN

Primer tiempo

La etapa del desamor es muy parecida a los tiempos previos a una elección política, tanto federal como de dimensiones más reducidas. Esto se debe a que en ambos casos el hastío y el desencanto tienen presa fácil en quienes, inmersos en la frustración de sus respectivas esperanzas, se encuentran imposibilitados de ilusionarse otra vez con alguna nueva promesa. En el caso de la soledad amorosa, el desaliento proviene de la desconfianza: cierto, hay más de una persona en el mundo de quien se puede estar enamorado, pero después de un fracaso (sobre todo reciente) es muy fácil (y sobre todo lógico) rehuir una nueva aventura. Lo mismo sucede en el caso de una elección política: ¿cómo será posible volver a creer en una propuesta después de tantos engaños y sin ninguna seguridad de que *ahora sí va a ser diferente*? El fracaso, tanto de las expectativas amorosas como de las políticas, Daniel Mir lo condensa en un verso del poema "Antara": "contiene esperanzas, nunca hechos". El desamor pues, como la política, se basan en las mismas premisas: son siempre un proyecto a futuro que se queda trunco, una promesa no cumplida. Elementos presentes (y casi imperativos dentro de esta esencia que parece constituir a ambos), los que subraya precisamente este poema:

Esperemos recordar siempre mañanas,
empecemos a escondernos en los planes.
Antara no sabe del silencio que empieza
[a llenar ya los espacios.

Y cuando el momento de la duda o el engaño se presenta, los objetivos iniciales inevitablemente se pervienten. Sin embargo, en este punto es necesario hacer

una salvedad, ya que la promesa amorosa se funda en su propósito de engañar al otro, pero el que promete se engaña a sí mismo al mismo tiempo que miente, al jurar cariño o fidelidad; en cambio la promesa política *sí* se presenta con la intención de ser un compromiso para cumplirse, pero a sabiendas de que el candidato que la proclama está engañando consciente e intencionalmente (el parecido aquí con los manejos fiduciarios en nuestro país resulta ser, por lo demás, bastante casual):

no sabe estar, mas estará en lo futuro,
futuro perseguido cada instante,
no puede ser nunca lo cierto,
[futuro ciego.

Todo ello crea una atmósfera de abandono y nostalgia, y dicho sentimiento, puesto en versos, podría decir más o menos así, cuando un poeta se dirige a su amada (del poema "Huida"): "Supongo que es fresco el aire que vas rompiendo con tus labios." Cuando la certidumbre parece ser imposible, el espacio de la ensoñación (del tiempo en que se tuvo la fe puesta en una ilusión) es lo que queda frente a la ausencia del bien deseado, o guardar una débil premonición, resultado más de la voluntad que de la seguridad: "Espero, cuando los vientos del sur y tu camino se entrecrucen, presentirlo." Participar con convicciones auténticas en el sentimiento amoroso o en política guarda como consecuencias invariables el terminar con las ilusiones rotas, aunque este paralelismo muestra otra fisura, si señalamos (tal vez todavía con una posición idealista) que amar es la música para el espíritu, en cambio los gobernantes incumplidos por su alevosa actitud obtienen para sí, lo menos, música de viento.

Medio tiempo: la música de las palabras

Pero es tiempo de hablar de esencias. El lector involucrado en las disquisiciones de quien esto escribe se preguntará cuál es el motivo de las mismas. La respuesta es la publicación reciente del poemario *Partevientos* de Daniel Mir. A lo largo de sus páginas, la música se presenta como un elemento constante, no sólo en los títulos de los poemas (o en una mención textual al *blues*, a un solo instrumental o a la sucesión de los textos en la sección "Fuera de tiempo", semejante a la de un concierto sinfónico), sino también en la estructura de los mismos. Los poemas aquí incluidos tienen como base inconfundible el verso endecasílabo, hecho que los inserta dentro de una rancia tradición literaria. Y ya que hablamos de cuestiones musicales, la estructura rítmica a la que se aventura Daniel Mir está sustentada en las cláusulas trocaicas que inundan la mayoría del libro. Pongamos como ejemplo "Renunciación" [las acentuaciones marcadas son mías]:

Cómo decir que todas mis miradas
[encallaron
en tí, guardián de máres a quien áves
[y cométas anunciaban.
Porque horizontes despejados
[te guardaron
y tu rísa competía con las ólas.
Aquella vez, la del café, inexistente.
Esta vez en que podrémos hallár
[un escondite de los ruidos,
del tórpe dialogár de los silencios.
Salir podrémos de la suave catarata
[de la Lúna.

El poema es inevitablemente reiterativo en su composición acentual: cada cuatro sílabas aparece la tónica que marcará el ritmo del verso, lo cual no deja de ser paradójico cuando en la siguiente composición "Sombras", enuncia el autor:

Sombra que persigue los secretos,
a la que quiero asesinar,
cuanto más quiero acabar con
[las repeticiones,
los círculos convexos que me acechan.

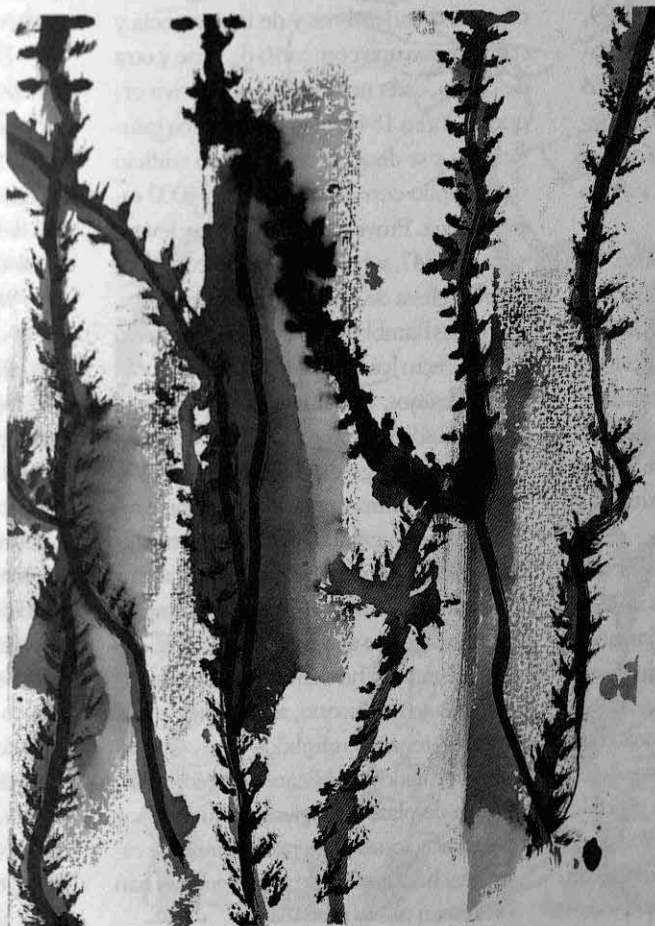
Segundo tiempo

Daniel Mir ha llegado precisamente a esa etapa donde un poeta con su trayectoria bibliográfica debe hacerse también las tres preguntas que aparecen en el poema que da título a este libro: "la de qué fui y qué será y dónde estamos". Para responder a la pregunta "de qué fui", el poeta debe hacer el balance de lo escrito y lo logrado con ello, en una palabra, el camino recorrido: siendo ésta su cuarta entrega editorial, podemos decir que ciertamente el trayecto no ha sido corto. Sobre la pregunta "de qué será", la respuesta debe ser consecuente con la anterior: de acuerdo a como lo proyecta su desempeño bibliográfico, el escritor se halla a considerable altura como para medir el desfiladero y como para exigirse mirar más bien hacia las nubes, es decir, su compromiso no está con el lector ni con las editoriales, sino consigo mismo y su obra. En ese sentido escalar sigue siendo la exigencia, lo cual responde la última interrogante, "dónde estamos": en el lugar donde volver a empezar se impone de nuevo, pero con un bagaje de experiencia consistente.

Lo susodicho constituiría una verdad de Perogrullo si no involucrara, dentro de los elementos con que cuenta el poeta, dos muy característicos de Daniel Mir: una gran frescura para tratar sus temas y una cacería de la madurez lírica que el anterior hecho implica. Unidas de la mano es indispensable analizar y diferenciar sus expectativas a realizar para que una no desfigure a la otra, es decir que el consolidar la madurez de un estilo en respuesta a las exigencias planteadas por su propio vuelo poético no traiga consigo la eliminación de esa frescura de quien aborda temas multicitados, pero con la misma gracia inaugural de quien deposita sus huellas sobre el barro húmedo.

La diversidad es, por tanto, la mayor riqueza que contiene este libro, ya que su gran varie-

dad de registros le permiten al poeta lo mismo recurrir a símiles de agudeza lírica (de "El faro" dice: "Cíclope, un faro, es más real / cuando aspira al mar en calma"), que hacerlo con versos de sintaxis cercana a lo barroco ("Acantilado en blues" reza: "de arenas nuestros rostros se derrumban"), si bien requiere en ocasiones mayor concreción y seguridad en el planteamiento de las imágenes para que éstas no pierdan efectividad por su falta de contundencia como en "Novilunio: "la hora de la noche es la tuya, / yo soy la nueva Luna, la que eclipsas". Dentro de cada poema esta diversidad puede constatare de nuevo en la distribución de los recursos de que echa mano, según la circunstancia discursiva de que se trate. Así podemos descubrir versos de una alta construcción lírica (tal como sucede en "Remolino": "porque en la virtud del viento está llevarse las palabras") frente a otros donde la aliteración se profundiza hasta convertirse en fenómeno onomatopéyico (como en "De viento azul": "Vuelve el eco, remolino hueco en su río").



Nuestro poeta sabrá pues mantener en vigilia la conciencia de que la etapa de búsqueda continúa, y que el camino, por fortuna, es largo y transitable. Su bello libro, cuyo formato editorial es un acierto, merced a la utilización de la tinta en azul y el manejo de los contrastes, consigue traspasar la frontera del mero intento, al ser el poeta congruente en su aventura formal con el hecho de arriesgarse a tratar los eternos temas del amor y el tiempo con una frescura (justamente de *partevientos*) que nos conduce a percibir el mundo como cosa nueva; eso sólo lo consigue el temperamento creativo de un artista auténtico.

Out of time

Jorge Fernández Granados en la solapa del libro comenta que dentro de los poemas de Daniel Mir el "efecto estético" se antepone al de una "coherencia conceptual" discursiva. En este sentido difiere de él, porque para mí el objetivo primario radica en entablar la comunicación de una experiencia vital, buscando antes que las palabras que agraden y/o complazcan al oído, las que en juicio del poeta son las *necesarias*.

Parecería pues que el cuidado del contenido sobresale al cuidado formal, pero esto no es más que una confrontación de opiniones en la que tal vez ni el mismo autor tendrá la última palabra: en realidad nadie sabe para quién escribe, diría parafraseando el famoso refrán. Con la lectura del poemario de Daniel Mir puedo decir: cuando el desamor y el desencanto ante las nuevas propuestas políticas llegan juntos y nos dejan sin remedio con las manos vacías, en cambio quedamos con el alma llena de razones y la boca saturada de palabras. ♦

Daniel Mir: *Partevientos*, Ediciones Alforja, México, 1999. 89 pp.